

I. LA BÚSQUEDA DE LA EMOCIÓN EN EL OCIO

Norbert Elias y Eric Dunning

I

LA EMOCIÓN que la gente busca en sus ratos de ocio difiere en ciertos aspectos de otras clases de emoción¹. Ésta es, en todos los sentidos, agradable. Aun cuando comparte algunas características básicas con la excitación que se experimenta en situaciones gravemente críticas, tiene características distintivas que le son propias.

En contraste con lo que ocurre en las sociedades menos desarrolladas, las situaciones críticas graves que generan en las personas la tendencia a actuar emocionalmente se han hecho, por lo que se ve, menos frecuentes en las sociedades industrializadas más avanzadas. El hecho de que en éstas se haya restringido más la capacidad de los individuos para actuar de esa manera en público es sólo, simple y llanamente, otro aspecto del mismo desarrollo, en el curso del cual aumentan el control social y el autocontrol sobre las manifestaciones públicas de una emoción fuerte. Dentro de las sociedades industriales más avanzadas, aunque no en las relaciones entre ellas, muchas de las situaciones de crisis más elementales de la humanidad, tales como hambrunas, inundaciones, epidemias o la violencia ejercida por personas socialmente superiores o por extranjeros, están hoy más rígidamente controladas que nunca. Igualmente controladas están las pasiones de los individuos. Hoy, los incontrolados e incontrolables estallidos de fuerte tensión pública son menos frecuentes. Las personas que se dejan llevar abiertamente por una gran excitación, es probable que acaben en un hospital o en la cárcel. (La organización tanto social como personal para el control de las emociones, para contener la excitación apasionada en público e incluso en la vida privada, se ha hecho más fuerte y más eficaz.) El comparativo es importante. Incluso en las sociedades contemporáneas más altamente desarrolladas, los niveles de control de la emoción, como los de la restricción en sentido general, pueden parecer aún desiguales y bajos si los vemos por sí

¹ Es ésta la versión revisada de una ponencia titulada «The Quest for Excitement in Unexciting Societies», que fue leída en el Congreso Anual (1967) de la British Sociological Association en Londres y publicada por vez primera en *Sport and Leisure*, núm. 2, 1969.

solos. Únicamente comparándolos con las normas sociales vigentes en una etapa anterior del desarrollo se hace evidente el cambio.

Los estudios comparativos sistemáticos no sólo muestran que ha aumentado el control público y personal de las acciones fuertemente emotivas sino también que, con la diferenciación cada vez mayor de las sociedades, las situaciones críticas públicas y privadas están más sutilmente diferenciadas ahora que en el pasado. Las crisis públicas se han despersonalizado más. En estas sociedades a gran escala, muchas situaciones de crisis general —de hecho, casi todas salvo las guerras y la transformación comparativamente rara de las tensiones y conflictos internos en violencia abierta por parte del grupo— no logran despertar ninguna emoción espontánea, aunque con una organización y una propaganda bien dirigidas podría obtenerse algo parecido. En las sociedades industriales avanzadas, las malas cosechas han dejado de ser la catástrofe que causaba desesperación ante la perspectiva de hambre y muerte. Tampoco las cosechas abundantes producen grandes manifestaciones de regocijo. Los equivalentes de aquellas situaciones críticas en estas sociedades son las fluctuaciones económicas y determinadas crisis que, en las sociedades cada vez más ricas de nuestro tiempo, tienden menos que antes a producir una tensión fuerte y espontánea.

Esta clase de fluctuaciones, en contraposición con las que de manera recurrente se producen en las sociedades predominantemente agrícolas, son más impersonales. Las fluctuaciones del sentimiento y las tristezas y alegrías conectadas con ellas, son de otro tenor. En estas sociedades avanzadas la gente puede no estar protegida contra el desempleo, pero sí lo está, en general, contra el hambre y la inanición. Los altibajos de estas fluctuaciones son como ondas comparativamente largas, lentas y de baja frecuencia, como cambios de un aire relativamente templado de bienestar y prosperidad a otro igualmente templado de desánimo y depresión, en contraste con las ondas cortas, rápidas y de alta frecuencia del júbilo y la melancolía, con transiciones relativamente bruscas de un extremo al otro, que pueden observarse en sociedades menos diferenciadas y predominantemente rurales, ligadas, por ejemplo, a ciclos de saciedad y hambruna.

(Incluso cuando se presentan situaciones críticas importantes en la vida de las personas, las erupciones repentinas de sentimientos poderosos —si es que todavía se dan alguna vez— se reservan casi siempre para la intimidad del círculo privado) Los ritos y ceremonias sociales que se celebran en bodas, entierros, con motivo del nacimiento o llegada a la edad adulta de un hijo y en ocasiones similares, a duras penas propician ya —en contraste con los rituales de sociedades más sencillas— claras expresiones públicas de emoción. El miedo y la alegría, el odio y el amor grandes no deben traspasar en modo alguno a la apa-

riencia exterior. Sólo los niños brincan en el aire y bailan de emoción; sólo a ellos no se les acusa inmediatamente de incontrolados o anormales si gritan o lloran desgarradoramente en público por alguna aflicción repentina, si se aterran con un miedo desenfrenado, o muerden y golpean con los puños al odiado enemigo cuando se enfurecen. Ver, en cambio, a hombres y mujeres adultos llorar agitadamente y abandonarse a su amarga tristeza en público, o temblar de miedo, o golpearse salvajemente unos a otros a causa de una violenta emoción, ha dejado de verse como algo normal. Es una situación que casi siempre pone en aprietos al observador y causa vergüenza o pesar a quienes se han dejado arrastrar por ella.

Para ser clasificados como normales, los adultos educados en sociedades como la nuestra se supone que deben saber cómo tensar las bridas de sus emociones fuertes. En general, han aprendido a no exponerlas demasiado ante los demás. Con frecuencia sucede que ya no pueden mostrarlas en absoluto. (El control que ejercen sobre sí mismos se ha vuelto, en parte, automático). Entonces, ya no controlan —en parte— su control. Se ha fundido con su estructura de personalidad.

II

En las sociedades industriales avanzadas, las actividades recreativas constituyen un reducto en el que, con la aprobación social, puede expresarse en público un moderado nivel de emoción. No podremos entender el carácter específico y las funciones concretas del ocio en estas sociedades si no nos damos cuenta de que, en general, el nivel de control de las emociones tanto en la vida pública como en la privada se ha elevado con respecto al de las sociedades menos diferenciadas. Que sepamos, en todas las sociedades humanas funciona algún tipo de comedimiento social e individual. Pero las restricciones relativamente fuertes y uniformes características de las sociedades más diferenciadas y complejas surgieron, como ya hemos demostrado², en el curso de una peculiar transformación de las estructuras sociales y personales. Tales restricciones son sintomáticas de un proceso civilizador bastante largo que, a su vez, mantiene una interdependencia circular con la organización especializada y cada vez más eficaz del control en las sociedades complejas: la organización del Estado.

Hasta donde hemos podido ver, las actividades recreativas en tanto que

² Véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, FCE, 1988, y *State Formation and Civilization*, Oxford, 1982.

área social destinada a mitigar las restricciones no recreativas, se presentan en las sociedades en todas las fases del desarrollo. Sirvan de ejemplo los festivales en honor de Dionisos en la antigua Grecia —la excitación o «entusiasmo» religioso, como lo llamó Aristóteles— y los carnavales de las comunidades cristianas en la Edad Media. Tiempo atrás, muchas actividades religiosas desempeñaban funciones análogas a las que las actividades recreativas desempeñan hoy —muchas de las cuales, las «miméticas» sobre todo, funcionan de manera similar a como lo hacían algunas actividades religiosas del pasado—. Pero si bien las presiones y restricciones tanto como las áreas recreativas especiales para mitigarlas parecen existir en todas las sociedades conocidas, su naturaleza y el equilibrio general entre ellas cambia a lo largo del proceso civilizatorio. Durante dicho proceso, las restricciones sobre la conducta de las personas se vuelven omnipotentes. Se uniforman, fluctúan menos entre los extremos y se internalizan como una coraza de autocontrol que opera en forma más o menos automática. No obstante, un examen más detallado del largo proceso civilizatorio indica que los desarrollos sociales en esa dirección producen movimientos en sentido contrario tendentes a equilibrar la balanza mediante el debilitamiento de las restricciones sociales y personales. Es posible observar esta clase de movimientos en algunos campos de la vida contemporánea, entre ellos el del ocio, y citaremos como ejemplos los nuevos desarrollos en la música y el teatro, las nuevas formas de cantar y bailar. Quizás otro ejemplo sea la participación más activa de los espectadores en los acontecimientos deportivos observada aun en países tradicionalmente bastante reservados como el Reino Unido. Tales contra-movimientos representan un moderado desgarramiento en el fuerte tejido de las restricciones y, particularmente entre los jóvenes, un agrandamiento en amplitud y profundidad de los márgenes para la emoción abierta.

Como puede observarse, en las sociedades contemporáneas de este tipo ya no son las actividades y creencias religiosas las que proporcionan un espacio para la relajación que contrarreste las restricciones. Pero, independientemente del carácter de éstas, la excitación y la emoción compensadoras que se hacen sentir en algunas actividades recreativas en estas sociedades —ligadas a cambios específicos en su estructura y sobre todo en el reparto de poder entre diferentes grupos de edades— son a su vez moderadas por restricciones civilizatorias. Al mismo tiempo, el aumento general de la tolerancia con respecto a la demostración pública de la emoción en los últimos años sólo indica de manera más clara y directa la función general que cumplen las actividades recreativas, en particular las de la clase concreta que hemos mencionado. Dada la ausencia de un tér-

mino sociológico preciso para esta clase de actividades, las hemos denominado «miméticas». Si bien no todas, la mayoría de las actividades recreativas que conocemos pertenecen a esta clase, desde los deportes hasta la música y el teatro, desde las películas de suspense hasta las del Oeste, desde la caza y la pesca hasta las carreras y la pintura, desde los juegos de apuestas y de ajedrez hasta los bailes de *swing* y de rock-and-roll..., y muchos más. (Aquí, como en todas partes, la búsqueda de la emoción, del «entusiasmo» aristotélico en nuestras actividades recreativas, es la otra cara de la moneda del control y de las restricciones que coartan nuestra expresión emocional en la vida corriente. No es posible entender la una sin la otra.)

III

La polarización que comienza a surgir aquí difiere considerablemente de la clásica polarización que en estos momentos domina los debates sobre el ocio: la que existe entre ocio y trabajo. Hoy, a menudo se baraja como evidente la idea de que las actividades recreativas son un complemento del trabajo. Esta idea rara vez plantea problemas y es tratada como un punto de partida aparentemente obvio para investigar el ocio, casi nunca como tema de investigación en sí misma. El popular estereotipo tradicional expresado en frases que fácilmente asoman a nuestros labios, como la de «trabajo y ocio», se ha visto elevado así, sin un examen crítico, a la categoría de axioma científico. Además, la familiaridad tiende a oscurecer la imprecisión de los conceptos de «ocio» y de «trabajo». Tal como están las cosas, no son claras las características que distinguen uno del otro. Ambos conceptos están distorsionados por una herencia de juicios de valor. Según esta tradición, el trabajo está altamente catalogado como un deber moral y un fin en sí mismo; el ocio, degradado como una forma de haraganería y complacencia. Al último, por si fuese poco, se le identifica a menudo con el placer, y también éste ocupa una baja posición en la escala nominal de valores de las sociedades industrializadas. Pese a la reciente preocupación en torno a los problemas que causa la insatisfacción laboral, casi siempre se considera el trabajo como la antítesis innata del placer, como la herencia de la maldición de Adán. El razonamiento de Kant en el sentido de que el deber, si es agradable, deja de ser moral, aún produce un débil eco en la contemporánea polarización de «trabajo» y «ocio», donde, por lo que parece, el último es todo placer y el primero nada en absoluto. Sin embargo, en las sociedades-Estado altamente organizadas de nuestro tiempo, con una ubicua presión de controles externos e internos relativamente per-

manentes, la satisfacción del ocio —o la falta de ella— puede resultar más importante para el bienestar de la gente, desde el punto de vista tanto individual como social, que lo que el valor relativamente bajo adjudicado hasta ahora al ocio nos haría creer. Hasta donde es posible ver, el hecho de que persista la tendencia a considerar las actividades recreativas meramente como un apéndice del trabajo se debe más a la vigencia de un esquema tradicional de valores que a ningún examen sistemático de los dos conceptos ni de las estructuras y funciones sociales de las actividades humanas a que hacen referencia.

Nada más comenzar a examinarlos, es fácil darse cuenta de que, incluso en los estudios sociológicos, se utilizan los conceptos de «trabajo» y «ocio» con bastante manga ancha muchas veces. Los usos actuales hacen que sea difícil decidir si los quehaceres domésticos de un ama de casa o, para el caso, la tarea de jardinería de un profesor, se catalogan como trabajo o no, o como ocio el juego de un futbolista profesional. Si la sociología del ocio, desde el punto de vista tanto teórico como práctico, no está tan avanzada como sería de desear, se debe en no pequeña proporción a esta herencia de valores y a las ambigüedades teóricas que de ella resultan.

IV

En la polarización convencional de trabajo y ocio, el término «trabajo» se refiere por lo general sólo a una clase específica de trabajo: el que la gente realiza para ganarse la vida. En las sociedades más diferenciadas y urbanizadas, es éste un tipo de trabajo estrictamente regulado en su duración y altamente especializado en la mayoría de los casos. Al mismo tiempo, los miembros de estas sociedades también tienen que realizar habitualmente una buena cantidad de trabajo no asalariado en su tiempo libre. Sólo parte de ese tiempo libre puede dedicarse al ocio en el sentido de ocupación libremente escogida y no pagada —escogida principalmente por el placer que proporciona—. Apostaría que, por lo general, en sociedades como la nuestra la gente dedica la mitad de su tiempo libre a trabajar. Uno de los primeros pasos que hay que dar para desarrollar un marco teórico de referencia para el estudio del ocio más en sintonía con los hechos observables, consiste en distinguir y definir con mayor claridad las relaciones entre tiempo libre y ocio. El primero, según los usos lingüísticos actuales, es todo el tiempo libre del trabajo ocupacional. En sociedades como la nuestra, sólo una parte de ese tiempo puede dedicarse a las actividades recreativas. En

términos generales, podemos distinguir, en el tiempo libre de las personas, cinco esferas distintas que se enciman y traslapan de diversas maneras pero que, no obstante, representan actividades diferentes y plantean problemas hasta cierto punto diferentes también.

*Actividades en el tiempo libre: Clasificación preliminar*³

- 1) *Trabajo privado y administración familiar.* A esta clase pertenecen las innumerables actividades domésticas, incluido el aprovisionamiento mismo del hogar. A esta esfera pertenecen todas las compras grandes y pequeñas, todas las variadas transacciones financieras personales, todos los planes para el futuro. También el cuidado de los hijos, toda la estrategia familiar, incluidas las peleas familiares y muchas tareas relacionadas con ella. Todas estas actividades requieren aptitudes especiales que hay que aprender. En conjunto, esta esfera tiende a absorber más tiempo a medida que asciende el nivel de vida. Como campo de investigación, exceptuando algunos problemas como los del gasto de mantenimiento de una casa, el terreno del trabajo privado y la administración familiar permanece aún sin explorar en gran medida. Muchas actividades relacionadas con él implican trabajo duro. Y una gran parte de éste hay que hacerla nos guste o no. Después de un tiempo, se vuelve rutinario en mayor o menor medida dentro de cada familia. A duras penas puede considerarse ocio.
- 2) *Descanso.* A esta clase de actividades pertenecen sentarse y fumar o tejer, soñar despierto, vagar por casa ocupado en fruslerías, no hacer nada en concreto y, sobre todo, dormir. Podríamos llamar ocio a esta clase de actividades, pero son claramente distintas de muchas otras actividades recreativas que mencionaremos después como representativas de la clase mimética; tales como el deporte y el teatro.
- 3) *Satisfacción de las necesidades biológicas.* Para no dejar lugar a malentendidos: todas las necesidades biológicas a que hemos de subvenir en nuestro tiempo libre y en el que no lo es, están socialmente estructuradas: comer, beber, defecar, hacer el amor y dormir. Estas necesidades aparecen recurrentemente: uno trata de satisfacerlas. Brotan con más fuerza; exigen ser colmadas. Hacerlo es agradable. Se calman y abaten sólo para surgir de nuevo más tarde, cuando se repite el ritmo. Comer, beber y hacer el

³ Éste es el borrador preliminar del cual, tras varios ensayos experimentales, surgió la tipología más precisa y completa del «espectro del tiempo libre». Véase el cap. II de este volumen.

amor irradian a otras clases de actividades directa o indirectamente, sobre todo en la sociabilidad. Todas pueden —y así ocurre generalmente— convertirse en rutinas hasta cierto punto, pero pueden y podrían de hecho ser des-rutinizadas de vez en cuando de un modo más deliberado que el que se suele practicar. Al mismo tiempo, todas tienen esto en común con la clase mimética: pueden proporcionar un goce mayor si uno es capaz de satisfactas de manera no rutinaria, como salir a comer a un restaurante para variar.

- 4) *Sociabilidad*. Tampoco esta esfera de actividades es trabajo, si bien puede implicar un esfuerzo considerable. Va desde un extremo de sociabilidad altamente formal a otro altamente informal con muchos grados intermedios. A esta clase pertenecen actividades que todavía guardan cierta relación con el trabajo, tales como visitar a los compañeros o a los jefes, o salir de viaje, en excursión, etc., con la compañía, y otras que nada tienen que ver con él, tales como ir a un bar, a un club, a un restaurante o a una fiesta, coctillear con los vecinos, estar con otras personas sin hacer nada más, como un fin en sí mismo. Los tipos de sociabilidad como forma de pasar el tiempo libre difieren mucho, por lo que se ve, de una capa social a otra. Al igual que las clases 1 y 2, esta clase de actividades de tiempo libre permanecen inexploradas aún en gran medida.

- 5) *La clase de actividades miméticas o de juego*¹. Muchas investigaciones y discusiones acerca de las actividades recreativas se centran en actividades de este tipo. Las demás ya se consideran a menudo como un hecho. También esta investigación se ocupa principalmente de esta clase de actividades porque, a pesar de que cada vez se las estudia más, en ninguna de las investigaciones realizadas hasta ahora resaltan sus características distintivas con claridad suficiente para que podamos entenderlas. Muchos esfuerzos se han dedicado al estudio de aspectos o problemas aislados; relativamente pocos a la estructura básica, a las características comunes de esta clase de actividades, las cuales muestran una gran diversidad. A esta clase pertenecen actividades recreativas tales como ir al teatro o a un concierto, a las carreras o al cine, cazar, pescar, jugar al *bridge*, escalar montañas, apostar, bailar y ver la televisión. Las actividades de este apartado

¹ El término "juego" puede emplearse con multiplicidad de acepciones y el hecho de que su significado no cuente con límites rigurosamente establecidos da pie a que surjan dificultades y malentendidos. Aunque hemos tratado de señalar claramente el sentido en que nosotros empleamos el término, nos pareció útil contar con un término más especializado que aplicar a la clase de actividades de tiempo libre a que nos referimos en este apartado 5. A lo largo del ensayo se irá esclareciendo por qué optamos por el término "mimético".

son actividades de tiempo libre con características de ocio, participe uno en ellas como actor o como espectador, siempre que no sean ocupaciones especializadas con las que uno se gana la vida. En este caso, dejan de ser actividades recreativas y se convierten en una forma de trabajo, con todas las obligaciones y restricciones que esto entraña y que son características del trabajo en sociedades como la nuestra —y aun en aquellos casos en que las actividades como tales proporcionen una alta dosis de placer.

Esta tipología, con ser provisional, puede servir como punto de partida para varias clasificaciones teóricas. Ilustra las insuficiencias que, tanto para fines prácticos como de estudio, presenta una conceptualización que emplea los términos «tiempo libre» y «ocio» como sinónimos en un grado u otro. La tipología que hemos elaborado muestra con mucha claridad que no podemos dedicar al ocio una buena parte de nuestro tiempo libre. Sólo por esta razón resulta inadecuada la polarización de ocio y trabajo en su forma tradicional, pues parece sugerir que todo el tiempo no invertido en trabajo, en el sentido de trabajo ocupacional asalariado, que todo el tiempo libre puede ser destinado a actividades recreativas.

Como queda implícito en la clasificación, el trabajo en el sentido de trabajo ocupacional asalariado es sólo una de las esferas que requieren la subordinación constante y uniforme de los sentimientos personales, por muy fuertes y apasionados que sean, a las impersonales exigencias y obligaciones sociales. El manto relativamente uniforme de restricciones, en sociedades como la nuestra, se extiende hasta cubrir gran parte del terreno propio de las actividades del tiempo libre. Con diferencias en el grado de coerción, permea numerosas relaciones sociales privadas con personas ajenas al círculo familiar interno. Incluso dentro del propio círculo familiar, es relativamente pequeño el margen socialmente permitido para la relajación de esas restricciones. El control social, incluso el control por parte del Estado, modera las relaciones entre los esposos y entre padres e hijos en sociedades como la nuestra. Los estallidos apasionados, una relajación mayor del control de las emociones, se han vuelto raros aun dentro del propio círculo familiar. En las complejas sociedades industrializadas con una elevada diferenciación de funciones sociales, la interdependencia correspondientemente alta de todas las actividades, públicas así como privadas, ocupacionales tanto como no ocupacionales, exige y produce un manto de restricciones que lo cubre todo. El tejido uniforme y sin fisuras de ese manto de restricciones tal vez se afloje un poco en las relaciones íntimas pero, comparado con el de las

sociedades más simples, ha perdido su carácter segmentario. Ya no presenta las lagunas y aberturas por las que puede colarse la incontenida indulgencia que encontramos en sociedades menos diferenciadas, entre otras razones porque, en ellas, las enormes diferencias de poder y de *status* entre las diferentes capas sociales permiten un margen mucho más amplio para la complacencia emocional y la pérdida del control. Así lo atestiguaban, por ejemplo, la conducta de un amo respecto a sus esclavos o sirvientes o la de un *pater familias* en su relación con su esposa y sus hijos. En sociedades más igualitarias como la nuestra, el manto de restricciones cubre, con diferencias de grado relativamente insignificantes, todas las relaciones humanas. La estructura de estas sociedades, incluso a las personas poderosas deja poco margen para la expresión violenta, espontánea e irreflexiva de sus emociones apasionadas. Ni siquiera ellos pueden relajar nunca la prudencia y la previsión que son concomitantes al comedimiento emocional sin poner en peligro su posición en la sociedad⁵. La restricción de las emociones impuesta al trabajo ocupacional se extiende, como un hábito casi ineludible, sobre una gran parte de la vida no ocupacional de las personas.

En relación con esta ubicuidad y estabilidad del control de la emoción han de evaluarse las funciones específicas del deporte, el teatro, las carreras, las fiestas y todas las demás actividades y acontecimientos habitualmente asociados con el término «ocio», en particular las funciones de todas las actividades y acontecimientos miméticos. Ésta es la polaridad que aquí nos preocupa. Por medio de los acontecimientos recreativos, en particular los de la clase mimética, nuestra sociedad cubre la necesidad de experimentar el desbordamiento de las emociones fuertes en público —proporcionando una liberación que no perturba ni pone en peligro el relativo orden de la vida social, cosa que sí podría hacer una auténtica tensión emocional de tipo serio.

V

Bien puede ocurrir que algunas personas perciban un fuerte matiz de burla en nuestras palabras al describir una sociedad como la nuestra con el calificativo de insípida, carente de emoción. Lo dicho hasta ahora puede contribuir a precisar el sentido que aquí hemos dado al término. Se refiere al tipo y grado de restricción impuesta en nuestra sociedad a las emociones de tipo espontáneo, elemental e irreflexivo, tanto en la alegría como en la tristeza, en el odio como en el amor. Los estallidos extremos, poderosos y apasionados han sido rebajados

⁵ Véase Norbert Elias, *El proceso de la civilización*, para un tratamiento más amplio de este problema.

por restricciones estructurales internas mantenidas por controles sociales, las cuales a su vez, al menos en parte, están enclavadas a tanta profundidad en nosotros que no podemos sacudirnoslas en modo alguno.

Sin embargo, hoy en día a menudo se utiliza el término «emocionante» en un sentido menos específico y más figurado. Nos prestaríamos abiertamente a un malentendido si no dijéramos que, en este sentido más lato, nuestras sociedades distan mucho de ser insípidas. No le faltaría razón a quien juzgara las sociedades en que vivimos como de las más excitantes en el desarrollo de la humanidad. Quizás una cita ayude a ilustrar este otro sentido. Está tomada de un artículo escrito por Jean-Luc Godard:

Me alegro sobremedida de vivir [...] hoy, en nuestro tiempo, porque los cambios son enormes. Para un *peintre en lettres** esto es inmensamente excitante. En Europa, y en Francia en particular, todo está hoy en movimiento. Claro que hay que tener ojos para verlo. La juventud, el desarrollo de las ciudades, de las provincias, de la industrialización...: vivimos en una época extraordinaria. Para mí representar la vida moderna no consiste sólo en mostrar los inventos y desarrollos industriales aislados a la manera de los periódicos; consiste en representar toda esta metamorfosis*.

Esta clase de emoción tal vez muchos la compartamos. Probablemente no sea inexacto decir que, desde el Renacimiento, pocos periodos han ofrecido a quienes vivieron en ellos una oportunidad tan grande como la nuestra para experimentar con formas y pensamientos nuevos y para liberar gradualmente a la imaginación de los grillos tradicionales. Pese a la amenaza de guerra que se cierne sobre nosotros, el aire está lleno de promesas, y eso es excitante.

Pero la excitación de que hablamos en este ensayo es de una clase distinta: menos reflexiva y menos dependiente de la previsión, del conocimiento y de la capacidad que cada quien tenga para liberarse un rato de la opresiva presencia de sufrimientos y peligros que nos rodean. Nos interesa la emoción primaria y espontánea que probablemente se ha opuesto al orden de la vida desde que comenzó la historia humana. En una sociedad en la que han disminuido las inclinaciones hacia la emoción de tipo serio y amenazador, aumenta la función compensadora de la emoción lúdica. Con la ayuda de ésta, la esfera mimética ofrece, por decirlo así, la oportunidad muchas veces repetida, de «refrescar el espíritu» en el curso por lo demás imperturbable de la vida social ordinaria. La emoción lúdica se distingue de la otra por ciertos aspectos a los cuales habre-

* Literalmente «pintor de palabras». En francés en el original. [T.]

* Jean-Luc Godard, *Le Nouvel Observateur*, 1966. Véase también *Die Zeit*, 10, marzo de 1967.

mos de referirnos más tarde. Es una excitación que buscamos voluntariamente. Para sentirla, muchas veces hemos de pagar. Y, a diferencia de la otra, ésta es siempre agradable y, dentro de ciertos límites, podemos disfrutar de ella con el consentimiento social de los demás y con el de nuestra propia conciencia.

Podríamos señalar con toda razón que, fuera de la esfera mimética, nuestra sociedad deja abierto un gran campo para la excitación placentera de tipo totalmente realista. Se pensará, como es obvio, en la que es inherente a las relaciones entre hombres y mujeres. Quizá sea posible ilustrar un poco más la línea de pensamiento que hemos seguido hasta ahora si aceptamos este reto. En nuestra sociedad, la gran emoción intrínseca al encuentro de los sexos se ha circunscrito de una manera muy concreta. También en esta esfera la pasión y la emoción en estado bruto conllevan grandes peligros. Es fácil que lo olvidemos porque también en este terreno un nivel muy elevado de restricciones se convierte en la segunda naturaleza de quienes han sido criados y educados en estas sociedades más complejas y, del mismo modo que en los demás campos, el relajamiento de los controles tiende a catalogarse como anómalo o constitutivo de delito. La experiencia grandiosa y emocionante que entraña el conocimiento del otro sexo está regulada, de acuerdo con las tradiciones y normas oficiales de nuestra sociedad, para que se convierta en un acontecimiento único en la vida de las personas. La emoción más grande posible socialmente reconocida, simbolizada por el concepto del amor, se hace encajar en el orden de nuestra vida limitándola, idealmente por lo menos, a una sola experiencia en la vida de cada individuo. Probablemente, nada ilustra tan bien la peculiar función de la esfera mimética en nuestra sociedad como el inmenso papel que la representación del amor desempeña en muchos de sus productos. La necesidad aparentemente incabable de representaciones del amor en películas, obras de teatro y novelas no se explica suficientemente con simples referencias a las inclinaciones libidinosas de las personas. Lo que estas representaciones miméticas proporcionan es la renovación de la emoción específica asociada con la primera, y quizá después con otra nueva, gran relación sentimental entre un hombre y una mujer, una posibilidad que está cerrada para muchos en la vida real. Para clarificar nuestro problema es vital distinguir en este contexto entre la satisfacción, incluida la satisfacción sexual, inherente a una vida matrimonial larga y bien ordenada por un lado, y la excitación específica inherente al único gran amor, que es fresca y nueva, por el otro. Lo que las innumerables representaciones miméticas del amor ofrecen es la experiencia de volver a vivir esta emoción, aunque sólo sea ficticiamente, volver a sentirla con todas sus tensiones y conflictos hasta la culminación, que es agradable tanto si el desenlace de la historia es alegre como si

es desgraciado. La experiencia mimética del amor produce y despierta emociones que suelen adormecerse en la vida corriente, aun cuando las personas no carezcan de satisfacción sexual en el sentido más común del término.

Gracias a este ejemplo, vemos mejor por qué no basta con tratar sólo el trabajo ocupacional como el polo opuesto del ocio ni pretender explicar las características y funciones de las actividades recreativas sólo con respecto a las del trabajo ocupacional. En sociedades relativamente bien ordenadas como la nuestra, la rutinización invade todas las esferas de la vida, incluidas las de mayor intimidad⁷. No limita su acción al trabajo fabril ni a las actividades eclesiásticas, administrativas u otras similares. A menos que el organismo sea reanimado y sacudido intermitentemente por alguna experiencia excitante ayudada por poderosos sentimientos, la rutinización y la restricción globales como condiciones del orden y de la seguridad harán que se resequen las emociones y nazca un sentimiento de monotonía, del cual la monotonía emocional del trabajo no es sino un ejemplo. Pues no es en tanto que propiedad del trabajo cuanto de los sentimientos engendrados en quienes lo realizan como debe evaluarse la cualidad de monótono. La peculiar estimulación emocional proporcionada por las actividades recreativas de tipo mimético y que culmina en una tensión y exaltación agradables, representa la contrapartida más o menos institucionalizada de las fuertes y constantes restricciones emocionales requeridas por todas las actividades no recreativas de la gente en las sociedades más diferenciadas y civilizadas. La emoción lúdica y agradable que los individuos buscan en sus horas de ocio representa, pues, al mismo tiempo el complemento y la antítesis de la periódica propensión por parte de las emociones a perder su frescura en las rutinas «racionales», no recreativas de la vida⁸; mientras que la estructura de las organizaciones e instituciones miméticas representa la antítesis y el complemento de la de las instituciones formalmente impersonales y encaminadas a un fin, que dejan poco espacio para las emociones apasionadas o las fluctuaciones en los estados de ánimo. En tanto que complemento del mundo de actividades no recreativas, encaminadas al cumplimiento de tareas y altamente impersonales, las

⁷ El concepto de «rutinización» empleado aquí difiere en ciertos aspectos esenciales del mismo concepto tal como lo emplearon Joffre Dumazedier en su *Toward a Society of Leisure* (Nueva York y Londres, 1967) y Georges Friedmann en *Industrial Society* (Glencoe, Illinois, 1955). Estos autores utilizan el término fundamentalmente para referirse al modo en que la mecanización y la racionalización conducen a la monotonía y la repetitividad en las tareas laborales, las cuales a su vez acaban por provocar sensación de aburrimiento en quienes las realizan. Aquí, en cambio, el término alude al control social y personal de los afectos, a la rutinización que entra en juego en todas las situaciones en que los individuos han de subordinar sus sentimientos e impulsos momentáneos a las demandas que, directa o indirectamente, les impone su posición social.

⁸ Norbert Elias, «Sociology and Psychiatry», en S. H. Foulkes (comp.), *Psychiatry in a Changing Society*, Londres, 1969. Véase también Norbert Elias, *What is Sociology?*, Londres, 1978.

instituciones recreativas, sean teatros y conciertos o carreras y partidos de críquet, no son sino representaciones de un mundo «irreal» de fantasía. La esfera mimética constituye una parte específica e integral de la «realidad» social.

VI

Con esta polarización como punto de partida podemos ver más claramente el problema básico con el que nos enfrentamos al estudiar el ocio. Es un problema que, en términos generales, se disocia en dos preguntas interdependientes:

- 1) ¿Cuáles son las características de las necesidades recreativas que tienen las personas en las sociedades más complejas y civilizadas de nuestro tiempo?
- 2) ¿Cuáles son las características de los tipos concretos de actividades recreativas desarrollados en las sociedades de esta clase para la satisfacción de esas necesidades?

Con el fin de desbrozar el camino para un examen más detallado y objetivo, nos pareció útil separar la necesidad de un tipo especial de emoción agradable y colocarla en el centro de la primera interrogante. Esto nos permite demostrar que esa necesidad se encuentra en el centro de casi todas las necesidades lúdicas. La emoción es, por decirlo de alguna manera, lo que da sabor a todos los placeres relacionados con el juego.

Quizá no sea tan sencillo ver la finalidad y las implicaciones de la pregunta número dos. Una de las razones por las que nos pareció necesario recurrir a un término concreto en el que englobar todos los acontecimientos recreativos razonablemente clasificados como miméticos fue el reconocimiento de que todos ellos tienen una estructura específica que les permite satisfacer necesidades recreativas concretas. Consideramos útil conceptualizar como inherentes a su estructura las características que hacen que los acontecimientos recreativos tales como los deportes, los conciertos, las películas y la televisión se adecúen a las necesidades que los individuos tienen de gozar en sus ratos de ocio. Esperamos no pecar de presuntuosos por decir que, si bien suele hablarse de la estructura de las fábricas o de las familias, no hemos llegado aún al punto en que la gente hable regularmente de la estructura de los acontecimientos recreativos. Sin embargo, una vez alcanzado este punto, no resulta difícil ver que el meollo del problema del ocio radica en la relación que existe entre la estructura de las necesidades recreativas características de sociedades como la nuestra y la estructura de las actividades encaminadas a satisfacer esas necesidades.